
Presentación

Toda ciudad es un extraño juego de espejos en el tiempo. Me refleja a mí, que comparto con ella su presente, pero de alguna forma los refleja a ellos también: a los que ya no están, a los que estuvieron antes que yo, a los que nos hablan aún desde el aparente silencio de una plaza, un parque o una calle. Se trata de una voz colectiva que ha anidado en la ciudad, que guarda una memoria de siglos y que estará siempre dispuesta a hablarle a aquel que se detenga a escucharla. Nada de lo que alguna vez estuvo en ella ha desaparecido definitivamente. Es cierto que el paso del tiempo ha ido adosando nuevos espacios a los espacios primigenios, ha borrado otros tal vez para siempre; en definitiva, ha ido recubriendo con una nueva fisonomía la fisonomía original de la ciudad. Pero al recorrerla, de la periferia al centro o del centro a la periferia, al pasar de un barrio a otro, no hacemos sino develar sus pliegues; es decir, desplegar esa historia que se oculta en ellos y que no desea sino ser rescatada del olvido. Pues no es que la ciudad haya logrado sobrevivir a sus convulsiones, desde una guerra de independencia o una revolución hasta un terremoto. Es que la ciudad es también sus convulsiones: sus edificios, sus calles, sus plazas, no son algo estático, erigido contra el tiempo. Son, más bien, otra forma del tiempo. Desde el Templo Mayor hasta la Torre Latinoamericana, pasando por la blanca majestuosidad de la Catedral, contemplo simultáneamente —conviviendo, conversando entre sí— épocas distintas de una misma ciudad. Y, entre ellas, el hilo del tiempo ha ido fraguando una imagen contradictoria, paradójica, abigarrada, pero una imagen que habla desde mí, en la que me reconozco. Pues la ciudad es también, y sobre todo, la posibilidad de una identidad necesaria, impostergable, una identidad que me hace ser lo que soy, que me da una proyección en el tiempo y una memoria.

Es de esa memoria y de esa proyección en el tiempo de lo que hemos tratado de dar cuenta aquí. ◇